

LA VIDA RELIGIOSA EN «OPERACIÓN SALIDA»
«NO NOS DEJEMOS ROBAR LA ESPERANZA»¹

Luis A. Gonzalo Díez, conf
Director de VR

LA VIDA RELIGIOSA SE MIRA AL ESPEJO

Francisco está desestabilizando a una Iglesia que ni de lejos pensaba iba a removerse. Las circunstancias del momento por las que siempre ha actuado el Espíritu, sin duda, lo están permitiendo. No despreciemos que tanto nuestros silencios, como nuestras palabras, nuestras idas hacia adelante, como nuestras huídas, forman parte en la Mente de quien todo lo entiende, de un plan de salvación que felizmente nos supera. En este pensamiento han abundado Thomas Merton, ayer, y en nuestros días Albert Noland, por ejemplo. Serena y agudiza el ingenio, por tanto, que en el análisis de nuestra realidad como religiosos, tengamos en cuenta que a la situación en la que estamos, hemos llegado por el desgaste de las historias y el desenvolvimiento del plan de salvación de nuestro Dios en la historia reciente.

A una buena parte de nuestras familias religiosas les vendría muy bien distanciarse de la historia inme-

*(La Revista Vida Religiosa no se identifica, necesariamente,
con las opiniones expresadas por los autores)*

diata, para encontrarse con la historia de la revelación en la que hay que enmarcar la identidad, la comunidad y la misión. Han sido pocos, pero son, quienes piensan que el profundo desgaste de nuestras estructuras se debe a un descuido, desvío o cruel secularización. Además de distorsionar la verdad, se trata de un análisis sin Espíritu y por tanto sin capacidad para la proyección y la vida.

El hoy de la vida religiosa es especialmente rico y difícil. Es una obviedad pero conviene resaltarlo. Se trata de un cuerpo en crisis, en el seno de una institución en crisis —la Iglesia— al servicio de una realidad en crisis, el mundo. Se trata de un cuerpo que está en aquel ejercicio evangélico de seleccionar dentro de un arca antigua, los paños propios del tiempo, sabiendo que la tentación de la historia es guardar más de lo que algún día podrá utilizarse.

La mirada a la realidad nos devuelve, a su vez, una realidad en la que nos cuesta reconocernos, pero somos nosotros. Casi siempre nos hemos dicho cómo somos y qué queremos. Hemos caído en la «autoreferencia» y nos hemos dado cuenta de que un discurso así nos deja solos y tiende a aislarnos, cuando el sentido y la razón de ser de nuestra consagración es complicarnos por la vida y el mundo. Estamos aprendiendo a dejarnos mirar, estamos padeciendo el dejar que opinen sobre nosotros y así estamos encontrando nuestra verdad que no siempre es aquella para la

cual nos preparamos en aquellos años de formación de otra España y otra Europa.

Por ejemplo, se dice que nos encanta «estar separados pero juntos» y creo que explica muy bien nuestras ambigüedades cada vez que queremos leer nuestra vida como comunión. Sabemos que nuestro referente fraterno es la clave más significativa y radical en una sociedad que cree poseerlo todo, pero a la vez nos descubrimos los testigos de la comunión habiendo adaptado perfectamente un esquema de comunión al libre comercio, al liberalismo ideológico y a la propiedad privada más elocuente. El tiempo de un religioso o religiosa no lo define su pertenencia comunitaria sino «sus planes», en los que no entra nadie y, lo que es peor, no creemos que nadie pueda entrar. Sin embargo, somos muy sensibles a lo comunitario, a que se respete nuestra pertenencia, a que se nos informe y se cuente con nosotros. No es una cuestión moral, ni un descrédito en sí de nuestra capacidad para la comunión. Solo indica algo veraz y a la vez terrible, que como hijos de esta era pensamos, somos y adaptamos nuestros niveles de pertenencia y nuestros vínculos duraderos.

Y un segundo aspecto que desconcierta es el rasgo del anonimato y la ruptura con la herencia³. Llega a decir Irenáus Eibi-Eibesfeldt que la confianza (comunitaria) de ayer se ha transformado en un comportamiento que se encamina hacia la desconfianza,

como consecuencia de la apertura de nuestros grupos comunitarios a la realidad de grandes sociedades. Aumentada esta realidad por la pertenencia a una aldea global cuyo símbolo es internet que ha concluido con todas las fronteras y límites, para establecer otros muy diferentes y fragmentados. Lo cierto es que la persona comunitaria de hoy necesita anonimato y además no siente el peso de la herencia para seguir haciendo lo que hacía o pensar como pensaba. Estas cuestiones marcan la realidad de quienes encarnan hoy la consagración y se convierten en rasgos que definen los comportamientos sin que siempre y todos los grupos comunitarios encuentren elementos dinamizadores que las sustenten o corrijan.

Una mirada al espejo de la realidad nos devuelve el rostro de una vida religiosa anciana, de este tiempo, que está haciendo, en algunos casos, tareas de otro tiempo y que contempla un horizonte amplio y lleno de obras y presencias que fueron albergues de caminantes, posadas de samaritanos, sanatorios de leprosos, cunas de niños sin hogar, escuelas de huérfanos... a los que hoy cuesta encontrarle sentido en un paraje europeo, porque ha cambiado absolutamente el escenario, las necesidades de misión y, por tanto, la identidad. Dice el Papa que «una persona que conserva su peculiaridad personal y no esconde su identidad, cuando integra cordialmente una comunidad, no se anula sino que recibe siempre nuevos

estímulos para su propio desarrollo»⁴. Los religiosos necesitamos reconocernos en esta nueva etapa, ricos en la peculiaridad personal, pero abiertos para dejarnos enriquecer por la complementariedad comunitaria.

LA VIDA RELIGIOSA ESTÁ EN «OPERACIÓN SALIDA»

Es bueno organizarla. Si no, más que salida sería estampida, algo no organizado y por tanto sin sentido ni orientación. Ha de ser una salida con una dirección, un destino. Han de medirse las posibilidades y necesidades. Ha de tenerse bien calculado el combustible y ha de intuirse el lugar de llegada, las paradas y descansos... Puede, si no, haber sorpresas desagradables. La operación salida exige cálculos, pero no puede consistir en estar toda la vida calculando. La vida religiosa está en operación salida, pero no es su estado. Es un tránsito. Un *keirós* necesario y valiente que exige renuncias, dejar lo conocido y ponerse en camino en un trayecto largo y no fácil. La salida implica vida. Decidir no salir explica ya las condiciones de muerte adelantadas y asumidas. Es la diferencia entre el riesgo y la resignación que, en otro tiempo, fue un valor recomendado.

Estar en operación salida habla, en primer lugar, de provisionalidad y urgencia. Demasiadas costumbres guardadas pueden ser una fuerte herencia, pero

no dejan de ser un peso para quien necesita mirar lejos y mirar bien. La provisionalidad asumida obliga, sin duda, a dejar lugares y estilos, que han de significarse por la salida de algunos lugares legítimos de misión. No se trata de entrar en una vana justificación de si donde estamos y lo que hacemos es bueno, que lo es... Se trata de discernir qué es, dónde y con quién, para que lo que encarnamos tenga vida. El discernimiento no parte de una línea trazada en rojo sobre los lugares que hoy componen nuestra geografía decidiendo con dolor qué salvamos, sino a qué lugares nos quiere llevar el Espíritu. Esa mirada de lo alto que va guiando y orientando el transcurso en la carretera y nos dice dónde tenemos que llegar, pero sobre todo nos indica dónde somos necesarios, imprescindibles y únicos conforme al mapa de las necesidades que guarda Dios. La provisionalidad además invita a tener lo justo, en el lugar justo. Demasiadas cosas obligan a una organización excesiva que termina pagando la misión. Es imprescindible que la salida se desarrolle con orden y esté guiada. Debe ser un liderazgo sencillo y claro. Decidido y firme. Dialogante y sereno. No puede ser un liderazgo complejo cargado de comisiones y secretarías que lleguen a conclusiones superpuestas, porque de esta manera difícilmente se llegará a salir algún día. Por eso es muy conveniente que estén bien subrayadas en nuestras familias unos trazos de cómo ha de ser la guía que oriente una sali-

da hacia el presente, que es el futuro. Este momento requiere líderes que «no pueden dejar las cosas como están. Ya no nos sirve una "simple administración"»⁵, se requiere «caminar detrás del pueblo para ayudar a los rezagados y, sobre todo, porque el rebaño mismo tiene su olfato para encontrar nuevos caminos»⁶. Se desprende de la *Evangelii Gaudium* un estilo de liderazgo que se caracteriza por:

1. *Posibilitar otros liderazgos*, no imposibilitarlos. Es un liderazgo de comunión. Porque encontrar una salida con horizonte y vida, necesita la complementariedad.

2. *Crear lo que ofrece*. Porque la salida se hace en fe y no en éxito o seguridad.

3. *Ser capaz de hacerse cargo del estado de ánimo de sus hermanos*. Porque conviene tomar conciencia de cuál es la realidad de nuestras congregaciones y órdenes. Hay situaciones vitales que se deben comprender y apoyar, sin que éstas condicionen un futuro necesario para quienes llegan. Dice el Papa Francisco que «el que predica debe reconocer el corazón de su comunidad para buscar dónde está vivo y ardiente el deseo de Dios»⁷.

4. *Cambiar ese estado de ánimo*. No basta la constatación, la exigencia es la transformación. Solo pueden ejercer el liderazgo en este viaje aquellos y aquellas que tengan capacidad para ser el ánimo de sus hermanos. Se impone una profunda evaluación de quién o quié-

nes pueden ejercer el servicio de animación en este tiempo. Definitivamente el ministerio de animación de la comunidad no puede recaer en quien no tiene ánimo, ni voluntad de desvivirse pos sus hermanos⁸.

5. *Ser capaz de ir por delante.* O lo que es lo mismo, no le puede el miedo o la prudencia. Hay un principio conservador muy fuerte en nuestras instituciones. Éste no nos permite más que soluciones aparentes. Aquellas que son irreversibles y revisables cada pocos años. Lo importante en estos casos es que nada cambie, con apariencia de que cambia. El momento exige personas dispuestas a la provisionalidad y a ir por delante sin el condicionante de lo que dejan atrás. Vivir con intensidad el legado paulino: «no creo haberlo logrado aún, sino que, olvidando lo que dejé atrás, me lanzo hacia adelante»⁹. Solo quien es capaz de ir por delante sirve para esta operación salida de la vida religiosa. Son tiempos de búsqueda de quién y quiénes pueden llevar a cabo esta misión.

6. *Ser alguien que acepta la incertidumbre del momento.* La operación salida es, ante todo, una experiencia de providencia, incertidumbre y fe. No aceptarlo o renegar de la situación en la cual nos toca ser y ofrecer, hace estéril nuestra existencia. Aceptar los tiempos de incertidumbre no es acogerlos acriticamente, sino asumirlos para poderlos transformar sin la tensión de querer juzgarlos, convertirlos o adecuarlos sin más. En la incertidumbre quien lidera la vida religiosa en-

cuentra signos para seguir esperando, confiando y proponiendo.

7. *Estar, en todo lo que vive, informado por la esperanza.* Es la clave del liderazgo para la salida por autonomía. La vida religiosa se sustenta en la esperanza de la promesa, no en el disfrute del regalo. La definición de quienes se ponen en salida es el convencimiento de que lo que esperan merece la pena. Evaluando nuestras esperanzas podemos calificar la hondura y vitalidad de lo que nos proponemos. La esperanza se apoya en lo que no poseemos, en lo que nos viene dado. Nunca en nuestras fuerzas, sino en los dones del Espíritu palpables entre nosotros: la comunión, el servicio y la fe.

8. *Mostrar, con facilidad, una ética, honestidad y verdad personal.* Si la operación salida que envuelve la vida religiosa se apoya en la provisionalidad, no es menos cierto que quien guía el proceso debe mostrar y vivir una ética evidente. Los niveles de corrupción en las sociedades gastadas llegan hasta los resortes más profundos de la Iglesia. No sólo las grandes corrupciones, las pequeñas corruptelas de afectos y dineros, de decisiones y cargos; de búsquedas y pasiones, están parando una operación salida que necesita este tiempo propicio para desarrollarse y llenar de vida un mandato evangélico.

9. *Tener una mente global.* No puede ser líder en la vida religiosa alguien con mente regional o «pro-

vincian». El horizonte de llegada no es un terreno conocido. Es otra frontera, otra realidad, otra cultura, otra necesidad y otra historia. Así viene enmarcada la misión del siglo XXI. La vida religiosa significa en la Iglesia y para el mundo la libertad de la globalidad. El pueblo libre sin patria, dispuesto a hacer patria con todo pueblo. Hacen falta mentes libres y globales que conjuguen bien la catolicidad con la encarnación. Salir de las culturas hechas y los espacios trillados es solo para quienes son capaces de mirar en fe y con un horizonte más amplio que el que nos dejó la historia pequeña de nuestra familia religiosa, aunque tenga siglos. Necesitamos "ampliar más la mirada —para reconocer un bien mayor que nos beneficiará a todos— y abrir los oídos al clamor de otros pueblos o de otras regiones del propio país"¹⁰.

10. *Armonizar con destreza los principios firmes con la ternura*. La «operación salida» comporta, está claro, muchos riesgos. Casi tantos como el quedarnos donde estamos. La diferencia está en tener vida y buscar la respuesta a la misma. Son tiempos efectivamente inciertos y, por tanto, necesitados de principios firmes porque si no la tentación de conservación nos condicionará para intentar cualquier salida. Es imprescindible un liderazgo claro, que incida en aquellos indicadores de libertad y vida más originales de la vida religiosa. Si a la vez, se administran con ternura para comprender las miradas atrás, las reticencias, las

diferencias, los silencios y las dudas, se convierte en un liderazgo persuasivo que carga con la debilidad de los más indefensos y consigue moverlos.

“¡NO NOS DEJEMOS ROBAR LA ESPERANZA!”¹¹

No podía ser otra. Evangelio es Buena Noticia. Mejor todavía, comunicación de la Buena Noticia. Y es que una lectura de la Palabra para este tiempo no puede tener ni otra tensión, ni otra búsqueda que el redescubrimiento, por parte de todas las formas de vida, de la alegría como centro de la existencia. El Papa lo recuerda sin rodeos nada más iniciar la *Evangelii Gaudium*. Algo así como si nos dijese: escribo esta Exhortación «para invitaros a una nueva etapa evangelizadora marcada por la alegría»¹². Porque una de las carencias de esta era, quizá la más significativa, es justamente la dificultad de comunicación de la esencia de la misión, que no es otra que la alegría. La sucesión de acontecimientos y generaciones nos ha enseñado que unas cuantas formas gastadas y presencias no me nos agotadas están mostrando el debilitamiento de la celebración, la acogida y la transmisión de la fe.

En este contexto, la vida religiosa está especialmente sensibilizada desde hace tiempo. El último cuarto de siglo pasado supuso para los consagrados una fortísima revolución interna, con la necesidad más o menos explícita de adecuar la realidad a las

nuevas necesidades. Abordaremos, por tanto, cómo la vida religiosa supone testimonio de liderazgo de alegría en el seno del Pueblo de Dios y cómo la misma vida religiosa, dentro de sí, ha de activar un liderazgo significativo que abra espacios, inicie caminos y cierre etapas. Aunque parezca equívoco, quizá el mayor reto de nuestro tiempo suponga saber cerrar etapas sin nostalgia y con alegría. Es el peso de la incertidumbre el que no nos deja, de manera sencilla, abrazar la novedad de siempre, debido a la terrible sensación de que no sabemos qué vamos a encontrar si diéramos el paso hacia una provisionalidad más elocuente. Lo expresa bellamente el Papa en la Exhortación, cuando afirma: « Es la alegría que se vive en medio de las pequeñas cosas de la vida cotidiana, como respuesta a la afectuosa invitación de nuestro Padre Dios: «Hijo, en la medida de tus posibilidades trátate bien [...] No te prives de pasar un buen día » (Sf 14,11.14). ¡Cuánta ternura paterna se intuye detrás de estas palabras!»¹³. Andando por el camino de la conversión, no sería imposible que los religiosos descubriésemos que el llamamiento primero y urgente consista precisamente en «tratarnos bien y pasar un buen día, todos los días de nuestra vida»¹⁴.

El liderazgo no supone, en absoluto, medidas de estrategia para un crecimiento mercantil, sino líneas de salud para una vida estable, serena y feliz. La armonía que debe proporcionar la vida religiosa

en el seno del pueblo de Dios nace de su libertad frente a la tensión por querer ser el centro y poseer las reglas de juego. Su sitio, como don carismático¹⁵, es el recuerdo de la libertad, tantas veces perdido en el seno de las relaciones humanas y eclesiales. Y esa aparente inestabilidad es su indiscutible liderazgo, no otro. Cuando se ha profesionalizado o se ha establecido en exceso, la vida religiosa ha perdido liderazgo evangélico porque, curiosamente, ha entrado en un campo que no es el suyo.

Nacieron las familias religiosas para inspirar caminos nuevos, ofrecer trayectorias impensadas, o responder ágilmente a necesidades que no tenían espera. Cuando esto se pierde, surge la institucionalización abigarrada que convierte las respuestas otrora evangélicas, en respuestas industriales fácilmente digeridas por una sociedad «mundo-mercado»¹⁶ que constantemente tiene que fabricar respuestas a las necesidades que ella misma crea y soluciona. El mayor desgaste de la vida religiosa viene, curiosamente, de haber perdido su liderazgo evangélico respecto a las «pequeñas cosas de la vida»¹⁷ que aludía el Papa. Porque ha nacido para eso, por eso y únicamente para testimoniar eso.

Francisco propone trece citas del NT donde explícitamente se alude a la alegría de la transmisión y del compartir evangélico. Queda así nítidamente afirmado que la raíz esencial de la evangelización es la alegría. Y además, sitúa en el centro de la opción la

esperanza, algo que tiene que estar significativamente activo en la vida de los religiosos. Cuaresma sin Pascua como estilo de vida, llega a afirmar Francisco¹⁸. Éste¹⁹ está reconociendo un cierto estilo de vida insustentado en el estilo de no pocos cristianos, también religiosos, y que, en buena medida, es consecuencia de una deficiente transmisión del contenido del Evangelio. A este respecto, deberíamos preguntarnos siempre sobre nuestras estructuras y propuestas de reestructuración: ¿Hacia donde estamos conduciendo nuestras congregaciones? A la supervivencia o a la esperanza. Porque no es lo mismo.

NO NOS DEJEMOS ROBAR LA POBREZA

El Papa hace esta expresiva referencia pastoral: Los más felices son los pobres que tienen poco a qué aferrarse. ¿No estará pidiendo una vuelta a la alegría de los consagrados que son (somos) aquellos que lo hemos dejado todo por una causa mayor? ¿No estaremos llamados a experimentar una frugalidad por la causa de Reino que llene de esperanza unos estilos de vida y ritmos comunitarios que hoy se presentan calculados y caducos? Y es que cuando hablamos de una teología de la comunicación que sustente la misión y, por tanto, el liderazgo, estamos insinuando un cambio insospechado, de consecuencias radicales en nuestro intento de vida evangélica. No se da la alegría

creyente por la adhesión ideológica, sino por el encuentro personal con Cristo²⁰. Es desde esa relación desde la que podemos hablar de una realidad nueva, un estilo nuevo de vida, una esperanza renovada y una fe inquebrantable. Solo gracias a ese encuentro —o reencuentro— con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autoreferencialidad²¹. Per-tenecemos a generaciones con un ADN fuertemente informado de una tristeza individualista, dice el Papa²², y esa condición dificulta realmente la comunión y la capacidad de ésta para ser algo que exprese liberación en nuestros contextos.

Está claro que una de las dificultades para nuestra alegría “corporativa” es justamente el peso institucional. Algo así como si la vida religiosa de esta era estuviese, en todo momento, con miedo de pronunciar la profecía porque sabe que no va a poder experimentar la libertad de poder abrazarla, ya que hay que cuidar un inmenso patrimonio heredado. Establece así el Papa Francisco de manera clara la necesaria libertad en la pobreza que quiere imprimir en toda la Iglesia. Difícilmente podremos ser ese «hospital de campaña» por el soñado, si lo que gasta nuestras energías es la protección de las lindes.

De este principio se desprende que en este tiempo es imprescindible un liderazgo que nos guíe hacia una tierra limpia de promisión y libertad. La asunción

o el abrazo de la pobreza como estilo de vida solo se aceptará con el ejemplo de quienes sepan y puedan guiar a sus hermanos desde la encarnación de una pobreza explícita y creativa.

No es fácil para la vida religiosa occidental hablar de pobreza. Hay tantos matices de la misma como personas en las congregaciones. Una buena parte de las generaciones que pueblan las congregaciones religiosas no recuerdan siquiera haber conocido los límites de la estrechez en los hogares de donde proceden. No tiene los mismos valores, por tanto, para quienes hoy, juntos, quieren constituir un testimonio de fraternidad. No es infrecuente que este aspecto, además, se convierta en fuente de conflicto, de enfrentamiento o de posiciones irreconciliables. Se ha optado por silenciarlo o que, al menos, no aparezca muy explícito para no caer en la casuística, ni en aquello de «para todos igual». Es así una de las cuestiones más delicadas y abiertas de este siglo XXI de la vida religiosa y, por ello, de aquellas cuestiones que sin duda han de abordarse en este tiempo de manera serena. La clara pérdida de una gratuidad explícita en algunas de nuestras propuestas, ha supuesto, por ejemplo, una llamada de atención clara del Papa en estos días²³.

El liderazgo de la pobreza está íntimamente relacionado con la vitalidad comunitaria. En la crisis del compromiso comunitario están presentes razo-

nes que tienen su origen en la filosofía que impregna el momento. De nuevo, el Papa Francisco en la *Evangelii Gaudium* entra en la cuestión cuando aborda las tentaciones de los agentes pastorales y describe dos posibles errores entre los cristianos, entre los que nos encontramos. Primero «la fascinación del gnosticismo» que propone «una fe encerrada en el subjetivismo, donde sólo interesa una determinada experiencia o una serie de razonamientos y conocimientos»; segundo «el neopelagianismo autorreferencial y prometeico» que tiene «un elitismo narcisista y autoritario, donde en lugar de evangelizar lo que se hace es analizar y clasificar a los demás» y «un cuidado ostentoso de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia». La cuestión, por tanto, deriva de la incapacidad para encontrar argumentos comunitarios que nos convenzan, por así decirlo, de que nuestra apreciación de la realidad no es ni la única posible, ni la mejor. Además hemos aprendido a analizar la realidad, estructurándola, para no permitir que ésta nos afecte. Es muy significativo por ejemplo, que la vida religiosa haya proporcionado muy buenos análisis de la situación de crisis ética y económica de la sociedad, sin padecerla. Seguimos haciendo fielmente presupuestos comunitarios, sin que éstos estén, en absoluto, afectados por la crisis, los recortes o la necesidad imperiosa de compartir más de aquello que necesitamos.

Dice el papa Francisco que: «nos comportamos como controladores de la gracia»²⁴. Y quizá esa experiencia autorreferencial sea nuestra mayor dificultad para abrirnos a la posibilidad y necesidad de tener que cambiar. Si hoy y siempre, «los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio», —sigue diciendo Francisco— hay que decir sin vueltas que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres²⁵. No hay pues otro lugar de autenticidad y sentido de la vida religiosa que esa presencia entre los más débiles. Más allá y de manera más clara que la fuerza que tiene la presencia de los pobres en nuestros documentos. Hoy, la vida religiosa, para ser significativa en occidente tiene que apearse de un estilo de vida que no es suyo, porque su lugar son los sitios sencillos, entre las personas más débiles, en los ámbitos de quienes esperan, protestan y luchan porque no tienen.

Es conveniente, asimismo, un ejercicio de sinceridad con respecto al consumo que ha entrado como una especie de adormidera burocrática en el argumentar de buena parte de nuestras decisiones comunitarias y de misión en pro de un diálogo con la realidad. Sobre este particular dice con toda claridad el Papa Francisco: «la relación que hemos establecido con el dinero... pone de manifiesto sus deseos, librios y, sobre todo, la grave carencia de su orientación antropológica que reduce al ser humano a una sola de sus necesidades: el consumo»²⁶. Se añade una

corrupción ramificada²⁷. Tras esta actitud se esconde el rechazo de la ética y el rechazo de Dios²⁸. Incluso, continúa diciendo que se esconde una «una actitud burocrática para dar respuesta a los problemas, simples o complejos, de la vida de nuestros pueblos. En muchas partes hay un predominio de lo administrativo sobre lo pastoral»²⁹.

Pudiera ocurrir que en este trayecto de reforma en el que nos encontramos descubramos la falta de acompañamiento pastoral a los más pobres, la ausencia de una acogida cordial en nuestras instituciones, y nuestra dificultad para recrear la adhesión mística de la fe en un escenario religioso plural³⁰. Si es así, el camino de reconducción y de encuentro con la verdad de la Palabra lo tenemos no lejos de los necesitados. Porque el auténtico lugar de vida, con efecto llamada, se da en aquellas congregaciones que saben hacer una relectura desde la necesidad y la pobreza. Las consecuencias de esa mirada, como le gusta hablar a Francisco, son inciertas, nos obliga sin duda a un desplazamiento de lo que hoy son centros de interés, una salida del centro a las periferias, una redistribución de fuerzas en la que prime no ya la salvaguarda del patrimonio sino que nos conduzca allí donde la voz de Dios esté silenciada, no esté, o necesite ayuda. Un estilo de obras más pequeño y humilde entendiendo que lo nuestro no es la arrolladora fuerza industrial, sino la miste-

riosa intensidad del signo; una palabra más incisiva y atrevida donde seamos la voz del débil o del que no habla nuestro idioma; un recuerdo de la casa de Dios, sin fronteras o exámenes de pureza. Esa es la clave para recuperar la «mirada contemplativa, esto es, una mirada de fe que descubre al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en sus plazas. La presencia de Dios acompaña las búsquedas sinceras que personas y grupos realizan para encontrar apoyo y sentido a sus vidas. Él vive entre los ciudadanos promoviendo la solidaridad, la fraternidad, el deseo de bien, de verdad, de justicia. Esa presencia no debe ser fabricada sino descubierta, develada»³¹. Porque la vida religiosa encuentra su fecundidad no solo en testimoniar el bien, sino en saber señalarlo en la realidad, especialmente donde no suele verse, en «los «no ciudadanos», los «ciudadanos a medias» o los «sobrantes urbanos»³².

No nos salva a los religiosos hablar de los pobres, sino el incluirlos y devolverles la dignidad. Toda comunidad, como apunta la *Evangelii Gaudium*, que se conforme con hablar de los pobres sin poner las manos al servicio de los mismos, termina por disolverse. Y quizá esté ahí nuestro gran problema que hablamos sobre las situaciones de exclusión y lo hacemos bien, pero lo hacemos de medios, foros, o posibilidades que en sí mismas excluyen³³.

¡NO NOS DEJEMOS ROBAR LA COMUNIDAD!³⁴

Una ley de protección mínima ante el robo es el cuidado y la atención. Acercándonos a las palabras de Francisco, si no nos dejamos robar la comunidad es porque somos capaces de poner la atención en ella y sobre ella. Pero, ¿quién la roba?, ¿en qué consiste? Sin duda, el robo más elocuente es cuando queda vacía, sin contenido ni expresión. Sin lenguaje y, por tanto, sin vida. Cuando sigue denominándose comunidad para ser, en realidad, un lugar de cuidados paliativos, un lugar de descanso, una convivencia de solteros o una cierta sociedad donde se comparten algunos horarios. Este tiempo es cruel, sobre todo, ante realidades que queriendo significar, se han quedado en algo anecdótico, descuidado o de otro tiempo. ¿Habrá perdido la comunidad significación para hoy? O, más bien, ¿nuestras comunidades se han desconectado de su hilo argumental que es el Reino?

Nos salva el recreo de la primera comunidad³⁵. Aquella en la que cada uno siendo bien diferente, encuentra en el calor comunitario cauces para responder y expresar lo que siente y vive. Así, atendemos lo que el Señor nos pide³⁶. Así y solo así, aceptamos como mandato el *primereat*³⁷, abrir veredas, iniciar camino, reconocer posibilidades y no solo problemas. Solo el grupo de hermanos y hermanas que no com-

piten por ser los primeros son capaces de reconocer que el Señor tomó la iniciativa³⁸. Cuando alguien ha gustado la comunidad evangelizadora se mete con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás, alcanza distancias, se abaja hasta la humillación³⁹, porque ha encontrado lo importante de su vida, lo que le llena y no anhela ni busca otra compensación.

Ciertamente tenemos que encontrar las claves fraternas de este siglo XXI. Es claro que el marco de años anteriores no sirve. El religioso y la religiosa de este tiempo están llamados a disfrutar y testimoniar una fraternidad real y creíble. La que contempla la sana autonomía y desarrollo personal, pero también la que, con más fuerza si cabe, habla del señorío de Dios, la capacidad de compartirlo todo —sin glosa— y la apertura al discernimiento como estilo de vida. Quizá la cuestión esté en «una fraternidad *mística*, contemplativa, que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo, que sabe descubrir a Dios en cada ser humano, que sabe tolerar las molestias de la convivencia aferrándose al amor de Dios, que sabe abrir el corazón al amor divino para buscar la felicidad de los demás como la busca su Padre bueno». Como afirma el Papa Francisco, esa *mística* contemplativa solo aflora cuando son los dinamismos de la fe los que rigen la convivencia, y los sentimientos compartidos los que van diseñando el marco de la misma. Mientras tanto, sin fe compartida y enriquecida, sin los

sentimientos que la articulan y expresan, se reduce la comunidad a un puro aspecto formal y sin vida. Si además permitimos que sea la diferencia y la distancia quien gobierne, nos encontramos con la incapacidad para reconocer la reconciliación como el motor de la fraternidad. Dice el Papa que le duele «comprobar cómo en algunas comunidades cristianas, y aun entre personas consagradas, consentimos diversas formas de odio, divisiones, calumnias, difamaciones, venganzas, celos, deseos de imponer las propias ideas a costa de cualquier cosa, y hasta persecuciones que parecen una implacable caza de brujas. ¿A quién vamos a evangelizar con esos comportamientos?»⁴⁰. Las diferencias entre las personas y comunidades a veces son incómodas, pero el Espíritu Santo, que suscita esa diversidad⁴¹, es quien nos convoca a una vida en común. Quiere esto decir que su fuerza va más allá de nuestra capacidad de división o ruptura.

En tiempos de profundo individualismo y ruptura con los vínculos duraderos la esencia de nuestro ser comunitario se expresa por el convencimiento de que nadie «se salva solo, esto es, ni como individuo aislado ni por sus propias fuerzas. Dios nos atrae teniendo en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que supone la vida en una comunidad humana»⁴². Y cuando es esa fuerza la que guía la pertenencia estamos hablando de comunidades que tienen garantizado no solo el futuro, sino la signifi-

cación en el mismo. La tarea comunitaria impone un ejercicio sereno y decidido de la opción: recuperar a la persona y reconocerla haciendo un camino comunitario guiada por el Espíritu.

La clave está en dos verbos: abrir (puertas) e inaugurar (estrenar caminos con recorrido). Me temo que sin el uno, nunca se dará el otro. Los mayores suelen hablar de caminos nuevos, con la puerta cerrada y los más jóvenes de inaugurar sin dar pasos reales de novedad. Unos y otros lo que necesitamos es un proceso de conversión hacia la verdad de nuestra vocación a la vida religiosa. De nuevo, la decisión terrible que exige nuestro tiempo es pasar por la primera persona de nuestra existencia lo que solo en apariencia hemos vivido. Personalizar los procesos, reflexiones y decisiones. Contramos con un estilo de vida posible, pero con formas y esquemas que clarísimamente han caducado. Por eso se impone un ejercicio intenso de encontrar las claves en las cuales puede desarrollarse hoy una forma de entrega evangélica que sea total, gratuita y duradera. Y ese principio no está desarrollado, solo está de una manera voluntarista propuesto (hacemos lo que creemos se debe hacer) para que no se desestabilice nada⁴³.

La comunidad real está integrada por personas distintas, de edades diferentes y culturas diversas. Y se expresa en el reconocimiento de que:

- Es posible recrear una fraternidad que nazca de los valores evangélicos más allá de las coincidencias o afinidades culturales, cronológicas o ideológicas.

- Hemos pasado de la sociedad de la obediencia a la del rendimiento. Ambas en sí y por sí no favorecen la libertad que necesita la comunidad evangélica. El rendimiento llega a sus extremos cuando termina por confundir misión con cargo; convocatoria en el amor con pertenencia jurídica o responsabilidad con la herjeía de «mi trabajo».

- La comunidad intergeneracional necesita reconocimiento contemplativo para ser lograda. No nace ésta por el puro voluntarismo, ni mucho menos, por que pronunciamos sobre ella la palabra "comunidad". Contemplar es, en este tiempo, una categoría nueva de acercamiento mediante la cual más que exigirle a los signos de pertenencia que se expresen, somos capaces de dejarnos conmovir y emocionar, al evidenciarlos en el ser y actuar de las personas distintas que hemos sido convocadas en la misma misión.

- La comunidad que es significativa y necesitamos, es aquella que llama, reclama o anuncia. No hay comunidad cuando ésta no resalta, -si no hace una complejísima explicación-, los valores evangélicos. En un mundo en el que la obesidad de los sistemas del presente tiende a igualarlo todo, hemos de ser capaces de mantener la originalidad evangélica de la comunidad como signo contracultural que evoque reino.

- Aceptar la diversidad es aceptar la riqueza del Espíritu y, por tanto, la raíz misma de la convocatoria comunitaria. Pretender hacer iguales; unir motivaciones o uniformar es colapsar la identidad de las personas. Sin personas diferentes es imposible hablar de una convocatoria espiritual y misionera de vida en comunión.

- No existen comunidades vivas o comunidades muertas. Solo comunidades posibles y éstas necesitan trabajar los vínculos duraderos, no los funcionales, productivos o de dependencia. Hemos de saber diferenciar la pertenencia comunitaria que comprende toda la existencia de la persona, de lo que puede ser una parte de la misma, cuando se confunde con pura tarea ocupacional.

- Este momento cultural reconocido por muchos como *hardmoderno*⁴⁴ se caracteriza por el aislamiento de las personas. Bien buscado por la propia persona, bien como consecuencia del desgaste de la vida, o la incapacidad del cuerpo comunitario para asumir las diferencias internas. En ambos casos, se nos anuncia desconocimiento de la riqueza de la parábola de la comunión. Por eso hay que hacer síntesis y así relacionar algunos esfuerzos que hoy, más que generar vida, nos desgastan. Tenemos, por así decirlo, tres frentes abiertos:

* *El encuentro con Dios* (silencio, contemplación e interioridad), la comunidad no crece ni con dinámi-

cas, ni con ejercicios de aparente comprensión de la realidad, sino con Dios vivido en este tiempo.

* *La traducción de nuestra comunidad* a esta realidad, sobre todo, a los heridos y heridas de la vida.

* *Recrear una estética de la fragilidad y la pobreza.*

Creo que estos tres principios los necesitamos todas las edades, nos unen y además nos proporcionarán la vida misionera que hoy parece amenazada⁴⁵.

¡NO NOS DEJEMOS ROBAR LA JUVENTUD!

No hay duda de que estamos haciendo un intento notable por acercarnos a una realidad donde está, sobre todo el futuro, pero también el presente. Son los jóvenes. Dice la *Evangelii Gaudium* que hay que reconocer lo positivo que es habernos dado cuenta de que es «toda la comunidad (la que) los evangeliza y educa, y la urgencia de que ellos tengan un protagonismo mayor»⁴⁶. La etapa de la juventud es una etapa de tránsito y, por tanto muy vulnerable a los cambios. Sean estos de índole positiva o de índole destructiva. Algún día deberíamos preguntarnos ante algunos signos de desolación con que los hemos alimentado y educado para que se den determinadas respuestas hoy. Muy probablemente el relativismo que tanto nos asusta, no sea sino la respuesta a una dogmatización a la que le faltaba, sobre todo vida, en la transmisión⁴⁷.

Hemos confundido, en ocasiones, el aliento y alimento de los más jóvenes con el fuego de las campañas y los signos, por ser estos más efectistas y no tener que mostrar la vida real, sino la extraordinaria. Encuentran en este campo abundantes ejemplos en nuestras jornadas de puertas abiertas, celebraciones, ginkanas y jornadas mundiales, regionales, provinciales de primera o segunda división. El joven, para hacerse vital y carismáticamente, no necesita globos de colores, sino comunidades contagiosas y vivas⁴⁶. Dice el Papa Francisco que ahí, en esa pertenencia cuidada, silenciosa y viva, se da la capacidad para contagiar, atraer y persuadir.

Hay un aspecto muy sugerente en la *Evangelii Gaudium*, dice que es conveniente escuchar a los jóvenes y a los ancianos. Ambos son la esperanza de los pueblos. Los ancianos aportan la memoria y la sabiduría de la experiencia, que invita a no repetir tontamente los mismos errores del pasado. Los jóvenes nos llaman a despertar y acrecentar la esperanza, porque llevan en sí las nuevas tendencias de la humanidad y nos abren al futuro, de manera que no nos quedemos anclados en la nostalgia de estructuras y costumbres que ya no son cauces de vida en el mundo actual⁴⁷. Lo cual, además de cierto es sabio. Los jóvenes no necesitan trayectos novedosos de quienes no los pueden ofrecer por edad; necesitan sabiduría y paciencia que son cualidades que sí cuida el tiempo.

Lo cierto es que en una sociedad polarizada por lo joven, como único valor, es una sociedad efímera y frágil, la vida religiosa tiene la posibilidad, como ya he expresado, de ofrecer una armonía intergeneracional que permita a unos envejecer y a otros consentir que los más jóvenes envejezcan.

El diálogo con la juventud no es una anécdota para la vida religiosa, es una necesidad, y además entronca con la realidad carismática para la que ha nacido. Hace muy poco, en un seminario internacional sobre la vida comunitaria con una congregación femenina, hablábamos, naturalmente, sobre la vida de comunión, los quehaceres y la sinceridad que se mantiene en buena parte de la vida religiosa. La conversación avanzó y, poco a poco, aparecieron aquellos condicionantes que nos hemos ido creando sin que originariamente estuviesen inscritos en el carisma. Estos son de índole cultural, histórico, social, o religioso. Son condicionantes o patrones de conducta que sin estar asumidos por todos, guían, en buena medida, el caminar congregacional. Una hermana cuenta como un grupo de postulantes, al día siguiente de habérseles concedido el ingreso, aparecieron en el comedor de la casa (la misma en la que habían estado el tiempo anterior) en pijama. Se prepara el lógico desconcierto, el escándalo y las miradas de extrañeza de las almas serias de la comunidad. En ese momento la formadora retoma

la cuestión y abiertamente les pregunta (siempre es lo mejor, preguntar abierta y directamente). Las postulantes resuelta y alegremente responden: «no pasa nada, sencillamente estamos en casa».

No se trata de estar en pijama en la comunidad, pero es evidente que el rostro de nuestras comunidades tiene que reencontrarse con la casa necesaria y reclamada en el corazón de los jóvenes de hoy. Dice con toda verdad el Papa Francisco que: "Los jóvenes, en las estructuras habituales, no suelen encontrar respuestas a sus inquietudes, necesidades, problemáticas y heridas"⁵⁰. Y parece más que evidente que, hoy por hoy, debido a costumbres mantenidas, a estilos permitidos o a ese dejarnos llevar en un hiper-cuidado interno, no estamos consiguiendo ámbitos que evolucionen hogar a las nuevas generaciones.

Hay un dato curioso en el sentir y la capacidad de adaptación de nuestros jóvenes que distinguen perfectamente las zonas de paso de las de vida. Una cosa es quedar y otra estar. La temporalidad y la urgencia, la fluidez y el ritmo cambiante de lo relacional lo viven en las zonas o lugares de quedada, pero no en aquellos ámbitos de vida. Los jóvenes son jóvenes, una enfermedad que se cura con el paso de los años. Pero la importancia del diálogo y la proyección de la vida religiosa en los jóvenes es absolutamente imprescindible para este tiempo de nuestra vida religiosa. Los ritmos vertiginosos y nuevos los tienen ellos, el concepto cambiante de la temporalidad

y los diálogos informales y eternos también. La lectura con sentimiento y pasión de la época también, la proyección en las respuestas, la ingenuidad de la vida compartida hasta extremos que nos desconciertan, la incapacidad de guardar para mañana, la necesidad de descubrir la verdad del gesto antes de leer el proyecto... Tantas y tantas cuestiones que nos desconectan y anuncian que una vida solidificada no ofrece un diálogo posible.

La gran cuestión se centra en jóvenes que hoy no están con nosotros y deberían estar porque sienten en sus corazones la pasión de amar el mundo y, en él, a quien experimenta debilidad. Son jóvenes que quizá lo estuvieron. Han tenido algún conato de relación con Jesús, pero pasajero. Casi sólo quedan recuerdos y canciones que ya nosotros hemos dejado en el olvido. Hoy están ocupados opositando o mal trabajando, con diálogos difíciles en sus casas porque el mañana es incierto y están o bordean los treinta. Los fines de semana son imprescindibles, pero gustan más la tertulia que el desenfreno. "Botellean" para atreverse a hablar y compartir, pero el peso de este tiempo, impuestamente austero, también está suponiendo un declive relacional. No se sienten convocados en nuestros grupos ni en nuestras oraciones... Son quedadas para iniciados, muy iniciados y poco significativos del clamor social... Suelen achacar que nuestras convocatorias son dulzonas, aún cuando versen sobre temas difíciles. Son encuentros cálidos que cuidan más que la gente

permanezca y se emocione, a que opte. Son jóvenes críticos a los que hay que escuchar, hay que acercarse y comprender. Son voces que anuncian un compromiso nuevo, de otro tiempo que es éste, pero en esas masas desconocidas están los futuros miembros de nuestras familias religiosas con más probabilidad que en los grupos templados al calor de nuestras convocatorias vocacionales.

Hay muchos jóvenes vinculados a asociaciones, colectivos y ONG que tienen inspiración puramente humana. Son muchos de ellos y ellas apóstoles de un tiempo nuevo. Se retuercen ante la injusticia y el paro; ante las grandes cifras y la dificultad de la mayoría por llegar a final de mes; son pacifistas, a veces sin formas educadas... Pero qué duda cabe que nos están mostrando un camino de implicación social a aquellos que hemos sabido atenuar el drama social con discursos bien hechos. La *Evangelii Gaudium* insiste en que "son muchos los jóvenes que se solidarizan ante los males del mundo y se embarcan en diversas formas de militancia y voluntariado"⁵¹, con ellos hay que conectar, abrir espacios para que el lenguaje y la misión de la vida religiosa no solo sea reconocida en el papel, sino que proyecte un cauce de vida para renovar la misión. Los novicios de este año, en el inter-noviado de nuestro Instituto Teológico de Vida Religiosa, insistían que una de las cosas que más les desconcertaba es que ante el drama social, la voz de la vida religiosa y los gestos de los religiosos no fuesen

los primeros, sino que, todo lo más, nos sumásemos a lo que otras asociaciones y grupos reivindicaban.

La Exhortación apostólica llega a reconocer que "Los jóvenes nos llaman a despertar y acrecentar la esperanza, porque llevan en sí las nuevas tendencias de la humanidad y nos abren al futuro, de manera que no nos quedemos anclados en la nostalgia de estructuras y costumbres que ya no son cauces de vida en el mundo actual. Por tanto, la gran cuestión de los jóvenes es crucial en este siglo XXI para posibilitar que los carismas, más que las estructuras, sean respuesta real a los hombres y mujeres que es el lugar donde Dios habla. Tratar de remozar presencias, cambiar denominaciones, disfrazarnos de acogedores si no hay cambio de corazón tiene consecuencias muy duras para nuestras congregaciones.

Un último aspecto hace referencia a la pastoral juvenil y determinadas convocatorias armadas en el voluntarismo, la notoriedad o el «clan de grupo», estriba en las causas de las formas y el fondo de no pocos religiosos que hoy tienen «cuarenta... y tantos». De aquel patrón que recibieron en pastoral juvenil, han elaborado su pertenencia en las familias religiosas. Se trata hoy de una pertenencia superpuesta, impostada y accidental. No entra en el universo de la persona la pertenencia comunitaria como lugar de misión, sino como lugar de descanso, reposo y des-estrés. Un rasgo que imposibilita, por un lado la convivencia real y la renovación natural de la comunidad y, por otro, -como son o somos gente trabajado-

ra— se afianza la concepción de que la misión es personal, para la que son o somos imprescindibles y, por tanto, sin referencia comunitaria alguna. Con las consecuencias de un yo no cooperativo, el narcisismo y la autocomplacencia que imposibilitan la capacidad y la decisión de una renovación, transformación, cambio o conversión.

NO NOS DEJEMOS ROBAR EL DIÁLOGO

Un diálogo es mucho más que la comunicación de una verdad. Se realiza por el gusto de hablar y por el bien concreto que se comunica entre los que se aman por medio de las palabras. Es un bien que no consiste en cosas, sino en las personas mismas que mutuamente se dan en el diálogo⁵², dice la Exhortación apostólica. La vida consagrada en este tiempo tiene unas posibilidades infinitas si se reconoce en misión de diálogo. Hace tiempo que nos hemos descubierto no solo especiales, sino solos. Nuestra formación y nuestros trayectos comunitarios son dialogales, sin embargo, con frecuencia nos descubrimos manejando verdades que sencillamente se superponen. Hemos crecido en relaciones funcionales más que en relaciones humanas. Damos lo humano por supuesto y lo que cuidamos es lo funcional. Las consecuencias pueden ser graves: creemos hombres y mujeres de diálogo, cuando nos mantenemos en un monólogo que imposibilita la transmisión del don recibido. El diálogo no consiste en cosas o conceptos, sino en

el aprecio y reconocimiento de la persona misma, sea quien sea, o piense como piense.

La vida religiosa tiene que abrirse a una experiencia de reconciliación interior. De aceptación de la historia en un encuentro absolutamente nuevo con el Señor Jesús, como la Samaritana. Abierta a un diálogo sincero, se reconoce y se dispone para el anuncio posible en su contexto. Así, abiertos a recibir nuevo sentido, nuevas formas y lenguaje, la vida consagrada descubre que su razón de ser en el seno de la Iglesia y del mundo, es cauce de diálogo y palabra de verdad⁵³. Todo en la vida consagrada es importante de cara a configurararnos como diálogo de Dios con este tiempo. Los lugares de encuentro y reflexión; la presencia y la celebración, no son sino posibilidad y recordatorio de la pasión de Dios que, ante todo y sobre todo, ha querido ser el Tú de cada ser humano⁵⁴. Existe también una tensión bipolar entre la idea y la realidad. La realidad simplemente es, la idea se elabora. Entre las dos se debe instaurar un diálogo constante⁵⁵, dice el Papa Francisco. Y con el ejemplo de su vida y sus gestos, esos que aplaudimos y nos conmueven, nos recuerda que hemos gastado mucha energía de misión —demasiada— en formular cómo debía ser ese diálogo, sin quedarnos tiempo para un diálogo efectivo con el pobre, el transeúnte, el joven sin futuro o el que rechaza cualquier signo religioso. 'Es hora de saber cómo diseñar, en una cultura que privilegie el diálogo como forma de encuentro, la búsqueda de consensos y

acuerdos, pero sin separarla de la preocupación por una sociedad justa, memoriosa y sin exclusiones»⁵⁶.

Dialogar es vida para regalar, porque es vida que se tiene. Se nos recordaba en una Asamblea de Superiores Generales las tres claves de una buena asunción de la realidad con liderazgo: "dialogar, dar pistas y escuchar siempre". Muy probablemente, en la recuperación de la sencillez que nos trajo hasta la vida consagrada, encontremos la capacidad para abrirnos a un diálogo honesto y sin trincheras que nos posibilite el cambio de mirada al que nos urge Francisco.

NO NOS DEJEMOS ROBAR EL ESPÍRITU

Más que nunca necesitamos hombres y mujeres que, desde su experiencia de acompañamiento, co-nozcan los procesos donde campea la prudencia, la capacidad de comprensión, el arte de esperar, la docilidad al Espíritu⁵⁷, dice la Exhortación. Son tiempos de miradas elevadas y comprensivas; es tiempo de globalidad y gran carisma. Es el tiempo del Espíritu.

Solo Él puede permitir a la vida religiosa levantar la mirada de la historia particular y de los "gloriosos" congregacionales que no nos dejan separarnos del guión. Es tiempo de gran comunidad, de mundo, de Iglesia, de universalidad y gran proyecto que aglutina, une y conmueve. Hay que distanciarse del lienzo pequeño, del trazo conocido, de la pequeña parcela.

Es la hora de hablarle al Señor de que siga llamando, como quiera a testigos de su verdad, para que el mundo camine hacia el encuentro y la paz. Hay que romper con las fórmulas que sirvan para sostener, apuntalar y permanecer cueste lo que cueste. No son días para la provincia, ni para la historia local, son días para la universalidad de la misión, porque el Espíritu de Dios, el Espíritu en el mundo, está anunciando cielos nuevos y tierra nueva. La vida religiosa tiene vocación de gran compromiso y de novedad, no se conforma con lo provinciano y pequeño. El corazón de cada religioso es universal y hay que posibilitarlo, recrearlo y conducirlo.

Esta mirada más comprensiva y amplia no significa desconexión o falta de interés. Todo lo contrario. Es el reconocimiento de Dios, por su Espíritu, en el compromiso de lo concreto. De manera que desterremos la tentación de la eficacia que nos lleva a hacer, para sentirnos bien y útiles, para serlo al vivir "ante todo una *atención* puesta en el otro «considerándolo como uno consigo»⁵⁸.

Nuestra razón de ser es servir y mover al Pueblo de Dios. Ese será el criterio de autenticidad y de vida. Volver a aquella libertad de nuestro nacimiento, soltar amarras que nos ha ido dejando la historia, nos enfrentará con una realidad más débil, es cierto, pero sin duda, nos reconocerá en una existencia más significativa y libre. Estamos llamados

a integrarnos armónicamente en el "Santo Pueblo fiel"⁵⁹ que dice el Papa, pero esa integración pasa necesariamente por una reubicación mística dejando puestos, estilos, cargos y presencias que no son de nuestra vocación de consagrados y sí de otras formas de seguimiento. Los dones carismáticos lo son "para renovar y edificar"⁶⁰.

El Espíritu es el aliento ante la sequedad o la sensación de esterilidad. Estamos viviendo una etapa de la historia que nos parece eterna por lo dura. Con una mirada más amplia, descubrimos que no es tan larga en el tiempo y que es necesario entenderla desde las claves de Dios. "En la comunión, aunque duela, es donde un carisma se vuelve auténtica y misteriosamente fecundo"⁶¹. El Espíritu ilumina la vida religiosa para no confundir la fecundidad con la eficacia de quien tiene puesta su seguridad en las propias fuerzas.

Nos corresponde ser consagrados en un contexto de diversidad, es el mismo Espíritu Santo, quien suscita esa diversidad⁶². Si somos capaces de asumirla se convierte en una fuente de posibilidad y trayectos todavía inéditos. El momento, por tanto, es bueno, es de Dios y su Espíritu porque: "asumido, no solo es redimido sino que se vuelve instrumento del Espíritu para iluminar y renovar el mundo"⁶³. Para nosotros, confiar en el Espíritu nos obliga a reconocer su presencia en toda persona y en toda situación, sin cerrarnos a la fuerza de la historia, ni de la razón⁶⁴. Abiertos

a una esperanza incorruptible, manejamos las artes de la persuasión para llevar a todos a Dios.

El Espíritu Santo obra como quiere, cuando quiere y donde quiere; nosotros nos entregamos pero sin pretender ver resultados llamativos. Solo sabemos que nuestra entrega es necesaria. Aprendamos a descansar en la ternura de los brazos del Padre en medio de la entrega creativa y generosa. Sigamos adelante, démoslo todo, pero dejemos que sea Él quien haga fecundos nuestros esfuerzos como a Él le parezca⁶⁵.

Lo nuestro, continúa la Exhortación es "renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse hacia donde Él quiera. Él sabe bien lo que hace falta en cada época y en cada momento"⁶⁶.

Inauguramos un tiempo nuevo, que depende de cada uno y debe caracterizarse por la apertura al Espíritu. Esto siempre es delicado porque descubre muchas vetas de la pluralidad, por eso son años para trabajar el espíritu y forjar una vida religiosa que se arriesgue:

- A ser, más que a responder.
- A creer, más que a interpretar.
- A escuchar voces distintas o salir de los círculos que nos mantienen adormecidos en nuestra paz.
- A dar la palabra a los más jóvenes, o tratar de no perder más trenes de generaciones en un proceso imprescindible de renovación.

- A abrazar los gestos proféticos, aunque éstos reduzcan nuestras seguridades institucionales que, por otro lado, nos aprisionan.

- A perder, porque si seguimos ganando, al final solo nos quedarán ganancias, sin personas.

- A un estilo de vida más fraterno en el que se compartan sentimientos, porque sin ellos, nos quedamos en las formas y éstas ni convencen a los que están, ni llaman a quienes tienen que venir.

Acaba la exhortación citando a María, nos dice que ella sabe reconocer las huellas del Espíritu de Dios en los grandes acontecimientos y también en aquellos que parecen imperceptibles⁶⁷. La vida religiosa necesita, en este tiempo, dedicarse sobre todo a lo que parece imperceptible y sin importancia. Ahí está su sal y su luz.

1 EG 86.

2 Término utilizado frecuentemente por Sygmunt Bauman.

3 Cf. Pensamiento largamente desarrollado por Eibesfeldt.

4 EG 177.

5 EG 25.

6 EG 31.

7 EG138.

8 SAO 13.

9 Cf. Fl 3, 13-14.

10 EG 190. 235.

11 EG 86.

12 Cf. EG 1.

13 EG 4.

14 Cf. El Papa Juan XXIII insistió justamente en esa clave imprescindible en el Decálogo de la serenidad: «Sólo por hoy seré feliz en la certeza de que he sido creado para la felicidad, no sólo en el otro mundo, sino también en este».

15 SINODO PARA LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *proposición 43*

16 Cf. ZYGMUNT BAUMAN, *Mundo consumo. Ética del individuo en la aldea global* (Paidós, Barcelona 2010) 385 p.

17 Cf. EG 4.

18 Cf. EG 6.

19 Cf. EG 6.

20 Cf. El Papa dedica un buen espacio de la Exhortación EG a romper la ambigüedad: «Existe también una tensión bipolar entre la idea y la realidad», afirma Francisco. (n 231).

21 Cf. EG 8.

22 Cf. EG 2.

23 http://www.vivareligiosa.es/index.php?option=com_content&view=article&id=725:serenidad-que-la-gratitud-es-posible&catid=2:articulos&Itemid=3 (pág. consultada el 10.03.2014).

24 EG 47.

25 EG 47.

26 EG 55.

27 EG 56.

28 EG 57.

29 EG 63.

30 EG 70.

31 EG 71.

32 EG 74.

33 EG 207.

33 EG 92.

35 EG 5.

36 EG 20.

37 EG 24.

38 EG 24.

39 EG 24.

40 EG 100.

41 EG 131.

42 EG 113.